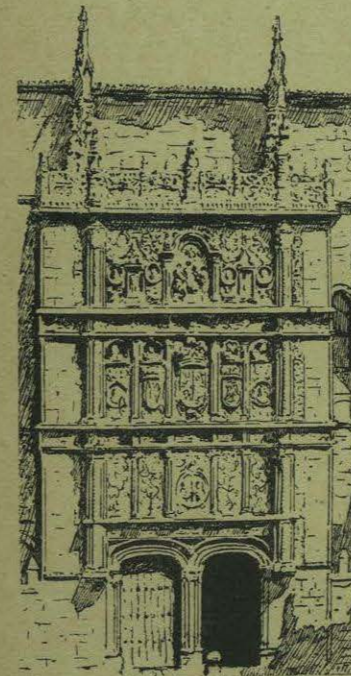


Y va creciendo el resplandor, y crece  
El concierto á la vez. Ya los rumores  
Y los rayos de luz hinchan el viento,  
Hacen temblar el eter, y parece  
Que en explosión de notas y colores  
Va á inundar la tierra el firmamento.

Manuel J. Othon.



Cap. XV



## CAPÍTULO DECIMOQUINTO

EN QUE SE ACABA EL RELATO DEL ANTERIOR,  
CON EL GRAN PORTENTO DE AQUELLA VISIÓN EN EL CIELO



RECE el luminoso concierto del magnífico instante.

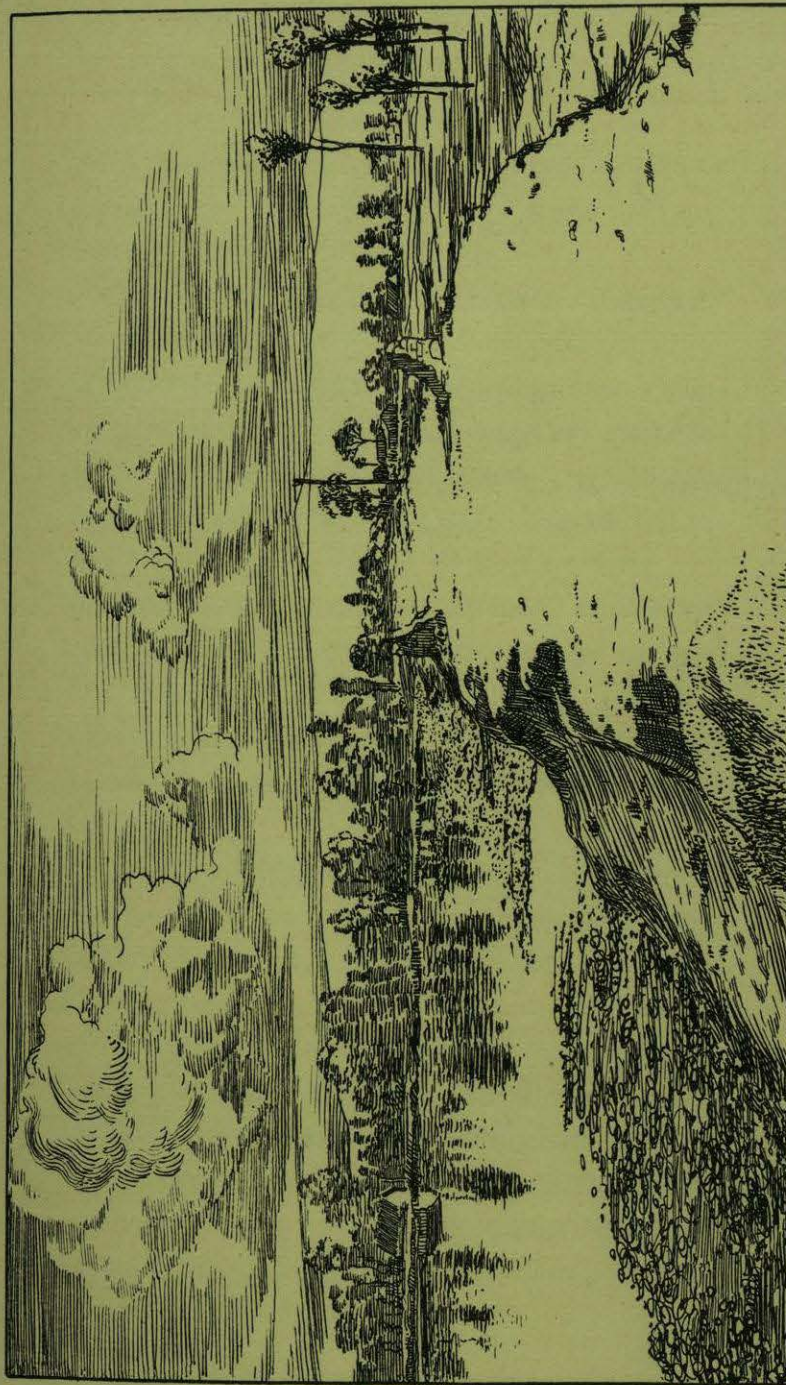
Creían los cronistas, avezados al glorioso espectáculo de la salida del sol gozada desde la cima de montañas muy altas, que si el cielo y los valles circunstantes no estaban, por fortuna, limpios de niebla, podía reputarse malgastada é inútil la fatiga que es lógico afrontar en estas ascensiones.

Apresurémonos ahora á confesar que es errada tal idea:

Hay belleza, y no escasa, en este amanecer.

Es tan denso y revuelto el oleaje de nubes, que el cono del Popocatepetl diríase una nube más blanca, más compacta que las otras, flotando inmóvil en el mar agitado de tules voladores.

Preceden al Astro soberano las estrías en nimbo de





oro y de topacio, atravesando las gasas del nublado— debido al cual, no se distingue esa aparente línea que llámase horizonte.

Y sin violentas explosiones de color, suavemente, sin esa conmoción del eter invadido por la púrpura y el zafiro de los cielos reventando en surtidores y en cascadas de grana y esmeralda, surge un globo de fuego, de dulce intensidad, no molesto á mirarlo cara á cara: un circular coágulo de rubís en fusión, que se muestra un instante—desde el dosel de áureo tisú bordado en plata—como para afirmar su dominio en nuestro cielo, y en seguida retírase tras las cortinas cenicientas que cubren cielo y tierra.

Pero hay belleza, y grande, en este para nosotros aspecto nuevo del amanecer contemplado desde la alta cumbre:

Con el beso de vida de la luz diurna, las nubes se estremecen, diríais que gozosas, y forman remolinos fantásticos; y la luz, absorbida por la intensa blancura del cono del volcán, hácenos ver, desde el borde del cráter—mirando la espantable pendiente que hemos subido casi sin darnos cuenta—reflejados en el bruñido apisonado de aquel jaspe de hielo, cuantos caprichos engendran las masas de vapor en su oleaje, y que toman vida en nuestras mente y retina debido á la potencia creadora de la fantasía ébria de la grandiosidad de aquel momento.



Son siluetas de héroes, perfiles de fantasmas que alientan y se agrupan, que viven y se mueven en torno de nosotros.

Y crece, se hace inmenso aquel coro inaudito de voces elocuentes, de figuras egregias, una armonía de gloriosos estruendos que suspenden el ánimo y acarician los oídos del alma, y en espirales de entusiasmo arrebatan á quien se siente henchido de ideales y ensueños generosos y aspiraciones altas.

Del mundo azteca, luminosas siluetas de temple varonil y gestas de leyenda . . .

De la Conquista, sombras valerosas purificadas del fango de su época y su oficio en el Jordán del sereno juicio de la historia, que no mide ni juzga ni avalora los seres y los actos del pasado con el criterio que es aplicable á los actos y seres del presente . . .

Del Virreinato, sombras piadosas de elevada mente y hondo sentir benévolo, que de misericordia y de justicia cumplieron su misión, dulcificando con la fe y con la ciencia las asperezas que sembró la espada . . .

De la gran epopeya constitutiva de la Patria Nueva, sombras de abnegación y sacrificio, sombras ilustres en mezcla de dos ilustres abolengos cristalizando en estirpe ilustrísima que da su sello propio á la Nación creada por su esfuerzo . . .

Y allá, en un grupo, el príncipe-poeta (se citan al azar de la memoria que aun confunden y velan y

atropellan las emociones violentas resurgiendo al recuerdo de la visión gloriosa) el rey-filósofo que en su retiro de Texcotzingo paseaba nostalgias infinitas de un mundo más sereno, presentido en las amargas horas de este suelo, y allí, entre maravillas de faustos orientales, expresando el concepto que de las cosas humanas le enseñó la desgracia, *componía sus cantos,*

aunque fuera mejor llamarles llantos.

Y el emperador-sacerdote que el primero sintió sobre su testa ungida y coronada el peso del ibero poder . . .

Y el décimo de los reyes de Méjico, cuyo denuedo borró de la familia la triste nota del apocamiento de su tímido hermano, su antecesor en el bamboleante trono del ya caduco imperio . . .

Y el David de Nonoalco, cuyas tres pedradas otros tantos Goliath de la Conquista derribaron al suelo . . .

Y el esforzado tlaltelolca—digno enemigo de la brava gente que sitia la ciudad—apresador de una bandera hispana, entre el asombro, ante tal denuedo, de ambos bandos contrarios . . .

En otro grupo, los héroes del Evangelio, presididos por el *Apostol Protector de los Indios*, que indica á la Cesárea Invictísima Majestad y al Rey Prudente—en el cuadro ideal de aquella apoteosis de dos razas en paz—cuál fuese el fin y objeto de su constante empe-



ño, que les valió á los tres, como corona, el laurel cuyas hojas son las áureas páginas de las *Leyes de Indias*...

Y allí, el bravo y prudente Sandoval; el fiero y valeroso Xicotencatl; nuestro maestro y guía Bernal Díaz; Maxixcatzín, el más fiel y el constante aliado de los «teules blancos»; los Ixtlilxochitl, eruditos en antiguas tradiciones y crónicas; Antonio de Mendoza, primer padrino en el nuevo continente del prodigioso invento de Guttenberg...

Y el obispo Zumárraga, cuyo mejor elogio fueron las diatribas de los encomenderos sin conciencia; el primer Velasco, del cual dice la historia (y si más no dijera, ello bastaba) que «al morir fué llorado por los indios y por los españoles, dándole todos el amable título de *Padre de la Patria*; y el segundo Velasco, tan honrado y activo como el padre en la gobernación de la colonia; y Palafox el *Venerable*, el «arzobispo revolucionario» cuya iracundia é intolerancia se perdonan en mérito á sus reformas saludables en pro de los indígenas...

Y es tan grande la lista, tan numeroso el grupo y tal el espectáculo de la *Magna Asamblea* de genios y de héroes y santos formando jubilosos el portento de esta visión magnífica, que aun los nombres se escapan del recuerdo, y los hechos que esos nombres señalan mézclanse y se confunden, cual las augustas Sombras se confunden y esfúmanse y resurgen en la

oleada de luz moldeando en las nubes—por arte mágico—nuevas figuras de aquel mundo de ilustres, congregados para sumar su gozo á la exultanza del pueblo que ellos contribuyeron á formar, cada uno aportando su talento, su esfuerzo y sus virtudes:

Fray Olmedo, el discreto; Pedro de Gante, fundador de escuelas, de iglesias y talleres; Enríquez de Rivera, el generoso arzobispo-*virrey*... Y Garcés, y Vasco de Quiroga, y Martín de Valencia, y Revillagigedo, y Margil, Casa-Fuerte, el de Croix, Bucarelli...

Y de la representación numerosa y brillante de la Ciencia y el Arte, citaremos á Sigüenza y Góngora, filósofo y astrónomo; á los sabios León y Gama, Cárdenas, Mociño, el P. Alzate; á los historiadores Cargado, Torquemada, Zapata y Clavigero... Tolsa, escultor y arquitecto: «el Miguel Angel valenciano», que tiene en Méjico su *Duomo* en el magnífico Palacio de Minería, y su *Moisés* en el famoso «Caballito» del que sólo es rival, en el mundo del arte, el de la estatua de Marco Aurelio, en Roma... Y los dos esplendentes astros de la pluma, gloria del cielo de las Letras hispano-mejicanas: Juan Ruíz de Alarcón y la *Décima Musa*...

Otro grupo que avanza en el glorioso desfile.

Lo precede y envuelve un luminoso estruendo.

Abre la triunfal marcha, como heraldo del gran cortejo, un tañido de júbilo.



Y campanas, clarines y atambores suenan á regocijo.  
No en concierto de alarma, sino en coro de gozo  
llenan el aire.

Es el momento de interrogar con el poeta amigo:

¿A qué fiesta convoca esa campana  
En el humilde pueblo de Dolores?...

Y llega ya, y forma fila en el puesto de honor, el  
grupo ilustre de los caudillos y héroes del evento  
glorioso que dió vida á esta patria.

Y los ecos del cielo y de las nubes, del volcán y  
del valle, trae á las nuestras almas la voz del *Venera-  
ble Cura*, símbolo de la gran epopeya:

— «Nadie habrá de extrañar que un entusiasmo y  
un mismo gozo nos congreguen unidos en la serena  
esfera de la paz inmortal... Que en mi tiempo y mi  
gesto rebelde, antes que oyérase la voz de un «¡mue-  
ra!»—grito negativo—los vientos perfumados lleva-  
ron á las cumbres, al bajío, por pueblos y ciudades,  
rancherías, cañadas, abruptas sierras y amplísimas  
llanuras, mil voces de un solo, santo «¡viva!»—que es  
grito de valor y de esencia positivos: grito de afirma-  
ción, grito de vida... »

Y otro acento:

«... Esa voz pertenece al sonoro, incompara-  
ble idioma, que, don precioso—el más precioso aca-  
so—nos legó con su genio y con su espíritu la madre

Iberia; habla en la cual servimos y loamos á un Dios,  
al que la Primera Asamblea mejicana hubo de procla-  
mar escudo y árbitro de Méjico-Nación... »

Y aun otro acento:

«... Al mismo tiempo que idioma y fe, nos dió  
también España, con nuestros padres, un nombre del  
cual no renegamos—¿dónde se engendra y vive el  
quimérico mónstruo capaz de renegar de su sangre y  
su nombre y su abolengo?; con su savia vital, los ele-  
mentos que menester había la vital savia azteca para  
formar un nuevo, más perfecto, compuesto humano,  
que, ya el tiempo llegado y sonada la hora, diese el  
paso de avance de que fuimos actores cuantos antes  
de nosotros, con nosotros, y luego, dimos vida á la  
patria mejicana; : diónos con sus leyes la base de las  
leyes de nuestro sér y la soberanía nuestra... »

Y allí, con ellos—con Hidalgo, Morelos, Iturbide,  
Aldama, Bravo, Guerrero, Allende, Matamoros, y otros  
héroes mil—los herederos más próximos, sucesores  
directos, continuadores de la obra gigante á la cual  
ofrendaron su sangre y sus esfuerzos, su amor y su  
talento:

Juarez, Ocampo, Lerdo, Zaragoza, Altamirano...  
Y con ellos también, con todos ellos, otros gestos  
de luz, otras sombras de inmensa majestad, acusando  
que la esencia es idéntica en el alma y el genio de  
ambos pueblos hermanos...



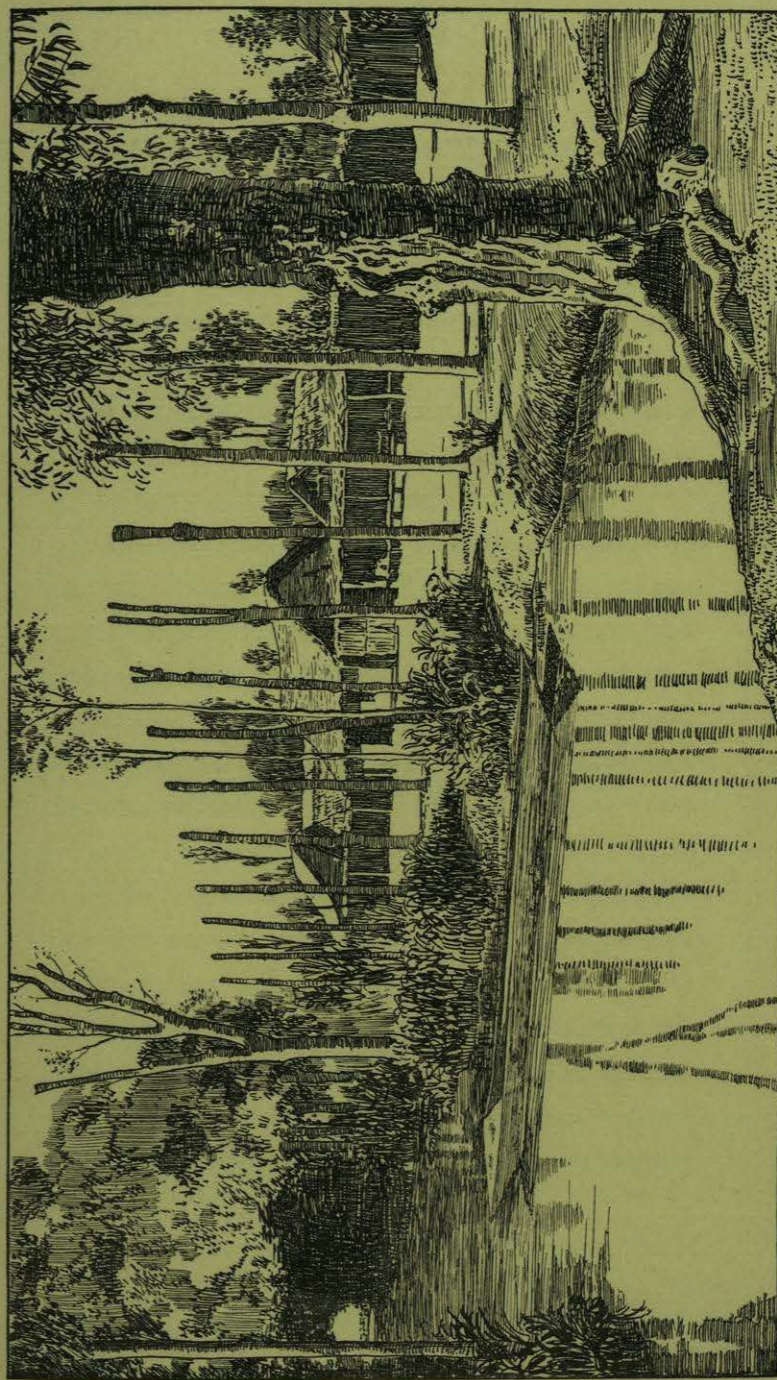
Morelos, se codea con Mina:

El primero, indomable guerrero cuya fe en la empresa que acomete no abjura ni al pie mismo del cadalso; el que la varia fortuna de las armas pudo eclipsar la estrella, pero nunca manchar su brillo ni empañar su gloria; el que supo infundir la pavora mayor al mundo virreinal ya desquiciado por la labor incontrastable, lenta cuanto eficaz, del Tiempo y de la Historia; quien el de Cuautla sitio formidable supo romper en modo que dió á su patria un 2 de Mayo del duodécimo año, digno de ser nombrado junto al del año ocho 2 de Mayo inmortal en la epopeya de la española Independencia:

El otro, que en España vertió su sangre por la libertad santa, al ver que el sacrificio más que á la patria sirvió para hacer fuerte á un monarca perverso, vino aquí á dar la sangre y los alientos que en el cuerpo y el alma le quedaban, ayudando á quienes combatían no contra España sino en pro de su patria...

Y así, Nicolás Bravo, se codea en la gloria de esta visión con otro grande, que fué Nicolás Regules; ambos, hermanos espirituales de Alfonso Perez de Guzmán, *el Bueno*:

El insurgente, cuando—habiendo ofrecido por la vida de su padre trescientos prisioneros españoles que había en su poder—supo que el imbécil virrey sacrificó impiedoso al autor de sus días, fué tan *bravo* que





dijo á los trescientos prisioneros realistas: „en venganza del horrible suceso que ahora lloro, he resuelto daros no tan sólo la vida, sino la libertad. Podeis marcharos adonde y cuando querais“ . . .

El otro, el español, sirviendo á Méjico contra la Intervención francesa, reprodujo en tierra mejicana el gesto sobrehumano del famoso defensor de Tarifa, y dió la voz de fuego contra el sitio donde los enemigos le dijeron que á poner iban á su esposa é hijos. . .

Y allí también, coronando el simbólico trofeo de esos vínculos que unen por eterno nuestras almas gemelas, la figura de Prim: del nombre y del recuerdo tanto ó más que en España amados aquí en Méjico, donde supo ganar para el buen nombre de la Madre Patria más prèstigio y laureles de los que conquistara en todas sus campañas. . .

♦♦♦

Y una gran nube, más alta que las otras, dió al portento la nota más intensa y más conmovedora, señalando el punto culminante de la visión gloriosa:

Del sol un rayo, perforando el velario de gasas cenicientas, fingió un buril de oro que labró en un instante aquel gran bloque de vapores impregnados de luz. ¡Era un bloque de bronce, dorado en el fusor del astro-rey!

Aquella nube tomó la forma de un *águila cayendo* de los cielos. . .



Y la ave imperial, majestuosa descendió sobre el cono de la montaña blanca...

De la cual, á su vez, remontóse al encuentro de la dorada insignia de una raza y un trono, aquel gesto de grandeza cuyo peso abrumaba á la ingente mole del Popocatepetl y cuya talla colosal henchía el aire.

Al encontrarse el águila que baja y el león que asciende, toman humana forma, y dos siluetas de imponderable gallardía, erguidas sobre el níveo pedestal enorme, diríase que son, en su conjunto, un Monumento colosal, inmenso, dedicado á gigantes...

Y de nuevo, en inmenso clamor de júbilo y respeto y entusiasmo, aquel coro de acentos sobrehumanos—surgiendo en torbellino de la negra garganta del monte de las vísceras de fuego y clámide purísima de ampos, rodando en la humareda sutil de luz que se levanta del centellante oleaje de la nieve, multiplicándose en las cuencas ignotas de las montañas siderales, llenando con sus ecos el amplísimo ambiente de aquel fantasmagórico paisaje de ultraterrenos mundos, seres, sensaciones é ideas—cantó los nombres de los dos fantasmas que, sonrientes, gozosos, se abrazaban en la Inmortalidad, donde, hermanos en gloria y en grandeza, los envolvía en sus pliegues la bandera PRO PATRIA que del uno amparó las resistencias y del otro cobijó hasta los errores y de ambos sancionó los heroísmos.

Aquel coro eran voces del alma ibera y del alma mejicana, hermanadas en esos dos fantasmas, cuyos nombres han menester un Tasso que anuncie su llegada:

Ecco apparir HERNÁN CORTÉS si vede!

Ecco apparir CUAUHEMOTZIN si sente!

.....  
 «—... ¡Cuauhtemoc y Cortés!... Los hombres-tipo de dos pueblos, creadores de un pueblo ilustre y fuerte...

«—... ¡Cuauhtemoc!... Que de su victimario en el hombro ciclópeo pone la mano en el saludo amigo, al uso de las gentes de su raza...

«—... ¡Hernán Cortés!... Portador en la diestra de una rama de olivo que es la enseña de la *Nueva Conquista*: la reconquista de las almas gemelas...

«... —¡El héroe azteca, aceptando—símbolo de su pueblo—el gran gozo de España cuando mira los progresos de la Nación un día sometida á su yugo de señora del mundo, y hoy soberana de sus propios destinos!...

«... —¡El soldado glorioso que en la historia del Méjico cristiano escribió, con la cruz y con la punta de su invencible espada, la página primera!...

«... —¡El mártir de Teotitlac y el vencedor de Otumba, abrazados en la serena esfera de los genios—



en estas altas cumbres, entre la azul pureza de los cielos y la blanca pureza de las nieves eternas, aquí á do no llegan la miseria y el fango de la hondura donde la humanidad desatentada bulle entre odios, rencores y vergüenzas! . . .

" . . . —Ante ellos, pues, quienes por su ventura espectadores son de este portento consolador, ¡una rodilla en tierra, y los brazos abiertos!

" . . . —¡Llegan los Grandes, entre tantas grandes é ilustres *Sombras*, á presidir la justa de Amor y Sentimiento! . . .

" . . . —¡La diestra á la visera, oh hijos y herederos de la inmensa Aventura! . . .

" . . . —¡Llor eterno á los guerreros y enemigos de ayer, que al volver á esta tierra de sus eternas glorias, vuelven unidos en nombre de la Paz y la Concordia! . . .



¿El genio es por ventura  
Un signo de expiación sobre la tierra?

Justo Sierra.



Cap. XVI